

Teoría de la moral y naturaleza humana: Porqué la teoría moral liberal es la mejor propuesta dentro de otras teorías morales.

Theory of morality and human nature: Why liberal moral theory is the best proposal among other moral theories.

Frank E. Rodríguez Cárdenas¹, Ethel S. Candia Leiva²

Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa, Perú^{1,2}

E-mail: frodriguezca@unsa.edu.pe¹, candia.leiva.es@gmail.com²

Orcid ID: <https://orcid.org/0000-0001-7555-5324>¹; <https://orcid.org/0009-0007-4108-1280>²

Recibido: 01/08/2024, Aceptado: 05/11/2024, Publicado: 30/11/2024

Resumen

El presente trabajo se centra en el análisis de las teorías morales y destaca el atractivo singular del utilitarismo frente a otras corrientes éticas. ¿Qué hace interesante optar por la teoría moral utilitarista? La tesis que se propone sostiene que el utilitarismo se distingue por su capacidad de reconstruir y adaptarse tanto a la naturaleza humana como al constante cambio del contexto social. De este modo, esta teoría cuando ha sido objeto de críticas, ha demostrado una notable capacidad para revisar y aprender de sus errores, más aún, ha evolucionado en sus premisas para adaptarse a las complejidades de la realidad, un rasgo que la distingue de otras teorías morales que no logran mantener su atractivo en contextos cambiantes. Para respaldar esta afirmación, se procederá primero a examinar las teorías morales fundamentales y su atractivo inherente, posteriormente se identificarán las inconsistencias en cada una de ellas. Luego, se cuestionará la validez de la teoría moral utilitarista, pero finalmente se justificará la tesis propuesta como respuesta fundamental.

Palabras clave: Teoría utilitarista, teorías morales, relativismo cultural, subjetivismo ético, naturaleza humana.

Abstract

The present work focuses on the analysis of moral theories and highlights the unique appeal of utilitarianism compared to other ethical currents. What makes opting for utilitarian moral theory interesting? The proposed thesis argues that utilitarianism stands out for its ability to reconstruct and adapt both to human nature and to the constant change of social context. Thus, when this theory has been subjected to criticism, it has demonstrated a remarkable capacity to revise and learn from its mistakes; moreover, it has evolved in its premises to adapt to the complexities of reality, a trait that distinguishes it from other moral theories that fail to maintain their appeal in changing contexts. To support this claim, we will first examine fundamental moral theories and their inherent appeal, then identify inconsistencies in each of them. Next, the validity of utilitarian moral theory will be questioned, but ultimately, the proposed thesis will be justified as a fundamental response.

Keywords: Utilitarian theory, moral theories, cultural relativism, ethical subjectivism, human nature.



Introducción

Abordar el tema de la ética implica inevitablemente adentrarse en una reflexión sobre una teoría moral satisfactoria (Rachels, 2006, pág. 290), en última instancia sobre cómo deberíamos vivir nuestras vidas. Sin embargo, proponer un modelo de vida ideal conlleva cierta complejidad. En primer lugar, sugiere la existencia de una única forma correcta de comportarse, lo cual es discutible. En segundo lugar, la manera de vivir y su significado están intrínsecamente ligados al individuo, su perspectiva personal del mundo (su sentido de la vida) y sus propios intereses.

Al considerar estos obstáculos, resulta evidente que proponer una guía sobre cómo deberíamos vivir nuestras vidas es una tarea compleja y arriesgada. Esto se debe a que tal propuesta podría ser interpretada meramente como una sugerencia, basada únicamente en opiniones subjetivas; sin embargo, una teoría de la moral va más allá de una mera sugerencia o de autoayuda, ya que, busca proporcionar una justificación razonada para el modo en el que debemos vivir.

En efecto, las teorías éticas que intentan ofrecer pautas sobre la conducta moral deben fundamentarse en dos premisas esenciales: primero, que sus justificaciones sean racionales; y segundo, que surjan desde una posición imparcial (Alegria Fuentes, 2015, pág. 184), es decir, sin estar influenciadas por emociones personales o preferencias individuales.

La dificultad radica en que, en otras disciplinas, una teoría alcanza su supremacía o aceptación mediante una variedad de formas, tanto empíricas como formales, que la respaldan. En cambio, en el ámbito ético esto no siempre ocurre. Como se ha mencionado anteriormente, no existe una única forma universal de orientar nuestra conducta, ya que la manera de vivir y su significado están intrínsecamente vinculados al individuo, su perspectiva del mundo y sus intereses.

Por lo tanto, al buscar una teoría moral que aborde los intereses individuales, relacionales y universales, es todo un desafío; por ese motivo resulta crucial llegar a un consenso en el que la teoría esté respaldada por justificaciones sólidas que expliquen por qué debe ser aceptada por todos, fomentando así una imparcialidad en su aplicación.

Ahora bien, en base a lo anteriormente expuesto, se procederá a analizar algunas de las teorías éticas más prominentes, aquellas que gozaron de una mayor aceptación en su momento histórico o que aún mantienen vigencia en la actualidad. Así mismo, se buscará identificar las deficiencias y complicaciones que presentan estas teorías, así como las razones por las cuales no resultan satisfactorias en su totalidad.

Navegando entre los Códigos Morales y el Relativismo Cultural

Entre las teorías ampliamente aceptadas se encuentra el relativismo cultural, que postula que la moral varía entre las distintas sociedades; es decir, este enfoque considera que el relativismo cultural es un término apropiado para describir las costumbres y normas aprobadas por cada sociedad en particular. Sin embargo, es necesario afirmar que los relativistas sostienen que los valores morales no son simplemente creaciones arbitrarias de la sociedad humana. Algunos sugieren que ciertos aspectos de la naturaleza humana podrían influir en las clases de costumbres que respaldamos. En ese sentido, Sexto Empírico y otros filósofos tradicionales argumentaron que tanto los seres humanos como los animales están biológicamente predispuestos a encontrar ciertas cosas placenteras y otras desagradables. Además, los filósofos escépticos también destacan otros factores en la naturaleza humana que podrían influir en cómo desarrollamos normas sociales, como nuestro instinto natural de autoconservación, el miedo a la muerte y el deseo de vivir en paz (Fieser, 2001, pág. 17).

Partiendo de esta premisa, es importante reconocer que distintas culturas poseen códigos morales diversos y es fundamental respetar esta diversidad como una manera adecuada de aceptación de las diferentes formas de vida. Precisamente para ilustrar este punto, consideremos los siguientes casos: Darío, rey de la antigua Persia, se sintió intrigado por la variedad de culturas que encontró en sus viajes. Había descubierto, por ejemplo, que los calacios (una tribu de la India) tenían la costumbre de comer los cadáveres de sus padres. Los griegos, por supuesto, no lo hacían; los griegos practicaban la cremación y consideraban la pira funeraria como la manera natural y adecuada de deshacerse de los muertos. Darío creyó que un entendimiento profundo del mundo debía incluir una apreciación de tales diferencias entre culturas. Un día, para enseñar esta lección, llamó a algunos griegos que casualmente estaban en su corte y les preguntó a cambio de qué comerían los cadáveres de sus padres. Ellos se escandalizaron, tal como Darío sabía que lo harían, y contestaron que ninguna cantidad de dinero podría persuadirlos de hacer algo semejante. Entonces Darío llamó a algunos calacios y, mientras los griegos escuchaban, les preguntó a cambio de qué incinerarían los cuerpos de sus padres muertos. Los calacios quedaron horrorizados y le dijeron a Darío que ni siquiera mencionara algo tan espantoso. ¿Deberíamos comer los cuerpos de los muertos o incinerarlos?

Otro ejemplo similar se presenta a continuación, consideremos a los esquimales (cuyo mayor grupo es el de los inuit). Son un pueblo remoto e inaccesible; no pasan de 25 000, viven en poblaciones pequeñas, apartadas y dispersas sobre todo a lo largo de las márgenes septentrionales de Norteamérica y de Groenlandia. Hasta

principios del siglo XX, el mundo exterior supo poco acerca de ellos. Entonces los exploradores empezaron a traer relatos extraños. Las costumbres esquimales resultaron ser muy diferentes de las nuestras. Los hombres a menudo tenían más de una esposa, y las compartían con sus huéspedes, prestándoseles por la noche en señal de hospitalidad. Además, dentro de una comunidad, un hombre poderoso podía pedir y tener acceso sexual regular a las esposas de otros. Sin embargo, las mujeres eran libres de romper estas disposiciones simplemente dejando a sus esposos y asociándose con otros; esto es, eran libres en tanto que sus ex esposos no decidieran quejarse.

En resumen, la práctica matrimonial entre los esquimales revela un sistema radicalmente distinto, con escasas similitudes con lo que institucionalmente se conoce como matrimonio. Sin embargo, sus diferencias no se limitan solo al ámbito matrimonial y sexual, sino, también parece que los esquimales mostraban un menor respeto por la vida humana, por ejemplo, el infanticidio era común en su sociedad. Knud Rasmussen, uno de los primeros y más célebres exploradores, dijo haber conocido a una mujer que había dado a luz a veinte niños, pero que había matado a diez de ellos al nacer. Encontró que las niñas estaban en especial riesgo de que las mataran al nacer, y esto quedaba simplemente a la discreción de los padres, sin ningún estigma social. También a los viejos, cuando ya eran demasiado débiles para contribuir a la familia, se les dejaba morir afuera, en la nieve. Estas situaciones destacan una falta de respeto hacia la vida, lo cual resulta perturbador para el público en general. Nuestra propia forma de vida nos parece tan natural y correcta que nos resulta difícil imaginar a otros viviendo de manera tan diferente. A menudo, cuando nos enteramos de tales prácticas, tendemos a etiquetar a esos pueblos como "atrasados" o "primitivos". Sin embargo, para los antropólogos, las prácticas de los esquimales no fueron sorprendentes. Desde los tiempos de Heródoto, los observadores informados se han familiarizado con la idea de que las concepciones de lo correcto y lo incorrecto varían de una cultura a otra. En consecuencia, suponer que nuestras ideas éticas son universales es simplemente ingenuo.

Estos ejemplos evidencian que la noción de verdades universales es un mito obsoleto. Lo que realmente existen son diversas costumbres que deben ser respetadas en su diversidad. No debemos intervenir en ellas, además, estas costumbres están fundamentadas en justificaciones que resultan aceptables dentro de su propio contexto cultural. Por lo tanto, no podemos simplemente etiquetarlas como correctas o incorrectas, ya que ello implicaría que nuestra propia sociedad posee un modelo de vida superior, desestimando así las otras culturas.

Precisamente de esta manera, el relativismo cultural desafía nuestra creencia arraigada en la objetividad y uni-

versalidad de las verdades morales. Nos recuerda que en ética no existen verdades universales, sino más bien una variedad de códigos culturales. En otras palabras, el código moral de una sociedad determina lo que es correcto dentro de esa sociedad; esto es, si el código moral de una sociedad dice que una cierta acción es correcta, entonces esa acción es correcta, por lo menos dentro de esa sociedad. No hay un único criterio objetivo que se presuma como verdadero y que se pueda emplear para juzgar el código de una sociedad; es decir, el código moral de nuestra propia sociedad no tiene una categoría especial sobre las demás; es sólo uno entre muchos otros. No hay una "verdad universal" en ética; esto es, no hay verdades morales que valgan para todos los pueblos en todas las épocas. Es pura arrogancia de nuestra parte tratar de juzgar la conducta de otros pueblos. Debemos adoptar una actitud de tolerancia hacia las prácticas de otras culturas.

Exponemos una teoría que se sustenta en la esencia de la moral, si bien su cimiento reside en las costumbres y la práctica de las relaciones sociales. Sin embargo, es crucial destacar que una teoría moral no se basa únicamente en las creencias populares, sino en la argumentación que las respalda. La mayoría de las costumbres y códigos morales derivan de creencias culturales; por ejemplo, mientras los griegos consideraban inapropiado el consumo de carne humana, para los calacios era una práctica aceptable. ¿Significa el simple hecho de este desacuerdo que no existe una verdad objetiva al respecto?

El error fundamental en el argumento del relativismo cultural radica en intentar extraer una conclusión sustantiva sobre un tema basándose únicamente en la existencia de discrepancias. Por otro lado, la noción de progreso moral también se pone en entredicho, me explico, a pesar de que históricamente hemos observado avances en este sentido, algunos críticos cuestionan esta idea al implicar una superioridad y universalidad de ciertas costumbres sobre otras, lo cual es objeto de rechazo por parte de diversos sectores. Sin embargo, este debate se centra en la cuestión de la universalidad. ¿Es posible imaginar una sociedad en la cual el asesinato no esté prohibido? ¿O una cultura donde mentir no sea moralmente condenado? ¿Existen ejemplos de culturas que acepten estas prácticas?

A priori, la respuesta parece ser afirmativa i.e. existen ciertas reglas morales compartidas por todas las sociedades, ya que son indispensables para el funcionamiento de la comunidad; sin embargo, este argumento es cuestionable, en principio porque no existe un criterio culturalmente neutral para determinar lo que es correcto e incorrecto. En efecto, desde una perspectiva del relativismo cultural – la respuesta es negativa – ya que, las reglas morales que pretenden tener una "naturaleza compartida" entre todas las sociedades puede generar

problemas en contextos concretos donde se debate sobre la moralidad de ciertas acciones.

De manera similar ocurre con el subjetivismo ético, que sostiene que nuestras opiniones morales se basan únicamente en nuestros sentimientos. Desde esta perspectiva, no existe nada que sea objetivamente correcto o incorrecto; en otras palabras, la moralidad se define principalmente por nuestros sentimientos en lugar de hechos concretos. Una de las debilidades fundamentales del subjetivismo ético radica en nuestra capacidad para cometer errores en nuestras evaluaciones morales; en otras palabras, es innegable que los seres humanos no son infalibles, ya que, estamos sujetos a sesgos cognitivos, influencias culturales y limitaciones individuales que pueden distorsionar nuestra percepción de lo correcto y lo incorrecto. En ocasiones, podemos encontrarnos en situaciones donde nuestras evaluaciones morales iniciales se revelan como erróneas a la luz de nuevas experiencias, conocimientos o reflexiones.

Precisamente el reconocimiento de nuestros errores morales y la necesidad de corregir nuestros juicios son aspectos esenciales del proceso moral; sin embargo, si aceptamos plenamente el subjetivismo ético, nos enfrentamos a un dilema intrigante: ¿cómo podemos justificar la corrección o incorrección de nuestras opiniones morales si estas se basan únicamente en nuestros sentimientos personales?

Entonces, el subjetivismo ético sugiere ingenuamente que cada individuo es infalible en sus juicios morales, lo que implica que no existe una base objetiva para resolver desacuerdos entre personas. Esta perspectiva plantea serias dificultades para la coexistencia pacífica y la resolución de conflictos en la sociedad, ya que cada individuo podría reclamar la validez absoluta de sus propias opiniones morales sin la posibilidad de llegar a un consenso o compromiso.

Por otro lado, partamos de la propuesta utilitarista de la felicidad para deslindar la problemática planteada; esta teoría afirma que la felicidad es un bien deseable en sí mismo y la única cosa deseable como fin último; de este modo, todas las demás cosas son deseadas únicamente como medios para alcanzar ese fin. Tanto para John Stuart Mill como para Bentham (Fieser, 2001, pág. 262), las acciones son juzgadas como correctas o incorrectas únicamente en función de sus consecuencias, sin tomar en cuenta otros aspectos. Al evaluar las consecuencias, lo único relevante es la cantidad de felicidad o infelicidad que se genera; todo lo demás se vuelve irrelevante. Además, según esta teoría, la felicidad de cada individuo tiene el mismo valor.

Esta perspectiva resulta sumamente atractiva para filósofos, economistas y otros teóricos en la toma de decisiones. Sin embargo, a pesar de la amplia aceptación que

ha ganado en la actualidad, surgen preguntas importantes sobre qué cosas son verdaderamente deseables, lo cual difiere de la pregunta sobre qué acciones son consideradas correctas. ¿Es moralmente aceptable sacrificar una vida en beneficio de muchas otras? ¿La condena a muerte de una o varias personas puede determinar la corrección de mi forma de vivir? Estas cuestiones representan desafíos significativos para la teoría utilitarista.

Otra teoría ética que vale la pena mencionar es el socialismo. Esta teoría postula que ser socialista implica superar los impulsos primitivos y las inclinaciones personales en favor del bienestar colectivo. En palabras de Renzo Llorente refiere al socialismo ético como la tendencia política que aboga por el socialismo como involucrando centralmente, incluso basado en, un conjunto de valores éticos o morales, valores que son tal vez distintivamente socialistas (Llorente, 2020, pág. 50). En esencia, ser socialista significa ser parte de una comunidad que aspira a vivir en una sociedad más civilizada, aunque aún imperfecta, con la esperanza de alcanzar una civilización superior.

En ese sentido, el socialismo propone una visión particular de la naturaleza humana, instando a reprimir los impulsos primitivos en aras del bienestar común, sin embargo, esta lógica va en contra de la concepción tradicional de las relaciones humanas, ya que contradice las tendencias naturales de las interacciones sociales y productivas, así como las conductas individuales. Asimismo, desafía las estructuras institucionales que organizan y garantizan la vida dentro de la sociedad.

Pero, ¿por qué esta teoría resulta atractiva para muchos? Una posible respuesta radica en su fundamentación en el igualitarismo y la búsqueda de reducir al mínimo posible las desigualdades. La esencia del socialismo reside en la idea de reprimir la lucha por intereses individuales en favor de un sacrificio en servicio al pueblo. Si bien comparte ciertos aspectos con el utilitarismo, como la orientación hacia la compasión por aquellos menos favorecidos, difiere en su enfoque porque, mientras que el utilitarismo busca el progreso, el socialismo persigue principalmente la igualdad en la distribución de los recursos, aspirando a eliminar las diferencias entre ricos y pobres, o incluso abogando por la abolición total de estas distinciones en casos más radicales.

Entonces, la propuesta socialista se resume en la consigna: “De cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades”, una idea que también encuentra eco en la posición marxista. La noción de que la sociedad o cada individuo debe satisfacer las necesidades de los demás resulta atractiva porque fomenta un sentimiento de utilidad y generosidad hacia los demás, así como un sentido de propósito ante la percepción de injusticias en la sociedad. Sin embargo, esta propuesta “de a cada cual, según sus capacidades, a cada quién según

sus necesidades” plantea serias dudas; es decir, ¿quién determina exactamente esas capacidades y necesidades? Estas doctrinas, aunque han experimentado ajustes para adaptarse a los cambios sociales, frecuentemente han generado disputas sangrientas durante su implementación. Las transformaciones y aplicaciones prácticas de estas ideas han estado marcadas por leyes perjudiciales.

En la actualidad, se habla de una política socialista que aboga por los derechos humanos, lo cual parece ser una evolución lógica. No obstante, en la teoría persisten las mismas concepciones fundamentales, lo que lleva a cuestionar si realmente se ha producido un cambio genuino o si simplemente se ha perpetuado una ideología disfrazada de teoría.

La premisa que planteo aquí es que en las ideologías no solo interviene la razón, sino que también hay un componente psicológico y emocional que lleva a creer que una teoría carece de fallas y es absolutamente universal. Sin embargo, sabemos que incluso las teorías más coherentes pueden presentar desajustes. La esencia de una teoría reside en su capacidad para reconocer, aprender de sus errores y evolucionar. La falibilidad es una característica inherente a cualquier teoría, pero algunas de las doctrinas que hemos examinado no abordan sus inconsistencias lógicas; simplemente pasan por alto estas discrepancias en pos de resolver cuestiones prácticas. Entonces, ¿son verdaderas teorías o simplemente ideologías disfrazadas?

Por otro lado, surge la pregunta sobre la naturaleza humana. ¿Es inherentemente compasiva y solidaria? El socialismo tiende a reprimir o controlar los intereses individuales, pero ¿es justo que se imponga o sugiera restringir nuestra libertad para actuar según nuestros propios intereses y necesidades? Si prefiero priorizar mi bienestar personal sobre el de los demás, ¿acaso este razonamiento no es válido?

Otra cuestión crucial es hasta qué punto debemos sacrificarnos por el bienestar colectivo y convertirnos en una especie de hermandad. Esto cuestiona las libertades individuales, un tema que el socialismo y el comunismo suelen enfatizar. Por otro lado, la tesis del liberalismo sobre la naturaleza del individuo defiende la idea de que debemos aceptar y respetar nuestros intereses individuales, reconociendo que estos pueden generar armonía y bien común, incluso sin perseguir explícitamente ese fin.

El liberalismo aboga por la plena libertad individual y el respeto a la propiedad privada, promoviendo relaciones basadas en el respeto mutuo y reguladas por leyes que protegen las libertades de los demás. Sin embargo, esta postura también enfrenta críticas. Por ejemplo, se argumenta que el interés individual puede conducir al egoísmo, generando desigualdad y socavando el bien

común, lo que a su vez puede perpetuar la pobreza y las injusticias.

Es crucial distinguir entre desigualdad y pobreza. Mientras que la desigualdad se refiere a diferencias económicas y de estatus, la pobreza implica una falta de recursos básicos para vivir dignamente. Aunque los países que adoptan el liberalismo pueden tener desigualdades, esto no necesariamente conduce a la pobreza. El liberalismo se apoya en leyes y normas éticas, pero surge la pregunta sobre quiénes son los responsables de establecer estas reglas y si realmente velan por el bien común o por sus propios intereses.

Después de analizar estas perspectivas, surge la interrogante sobre qué hace interesante optar por la teoría liberal de la moral en lugar de las demás. La respuesta radica en que el liberalismo, a diferencia de otras teorías, tiene la capacidad de reconocer, enmendar y evolucionar a partir de sus errores. Aunque otras teorías podrían adoptar un enfoque similar, tienden a mantener sus posiciones fundamentales o adoptar una visión extrema, ya sea de libertad moral ilimitada o de restricciones excesivas. Por lo tanto, el liberalismo se presenta como una teoría que aspira a ser científica y pragmática en lugar de ideológica.

Referencias bibliográficas

Alegría Fuentes, D. (2015). El aporte de la ética del cuidado al debate ético contemporáneo entre imparcialistas y parcialistas. *Oxímora Revista Internacional de Ética y Política*, 183 - 201.

Fieser, J. (2001). *La Filosofía moral a través de las edades*. Arequipa: Centro de Impresiones de la Facultad de Medicina de la UNSA.

Guichot Reina, V. (s.f.). *La democracia como modo de vida: ¿La última cruzada del siglo XX?: Reflexiones a partir de la Teoría moral de John Dewey*. Pedagogía y Saberes, 35 - 56.

Ovejero, F., Martí, J. L., & Gargarella, R. (2004). *Nuevas ideas republicanas. Autogobierno y Libertad*. Barcelona: Paidós Ibérica, S.A.

Rachels, J. (2006). *Introducción a la filosofía moral*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.